

DIÁLOGO CON MAGALI LARA

Néstor García Canclini

N.G.C. Fuera de México existe una información limitada sobre lo que se hace actualmente en este país. La política de difusión de los gobiernos mexicanos ha contribuido a que en otras naciones se piense que el arte de México se acaba en los muralistas y Frida Kahlo. En realidad, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX hubo otras tendencias diferentes, desde el geometrismo y las innovaciones en pintura figurativa o abstracta, hasta el fuerte desarrollo de vanguardias conceptuales e instalaciones. Como pintora has pasado por varias etapas, y te has interesado por varias tendencias innovadoras. ¿Cómo ubicas tu trabajo entre estos movimientos?

M.L. Me interesan los cruces, los pasajes donde algo se transforma en otra cosa y me gusta la poesía. Esto último es importante porque enseña que detrás de las palabras hay imágenes, otros textos, y se relacionan con otros espacios en que se entra de pronto como en una iluminación. Soy una artista formada en los setenta, todavía con una educación muy centrada en la pintura, pero cuando entré a la escuela quería hacer libros de artista, aunque no sabía que se llamaban así. Soy pintora porque me interesa el color y la sensación, pero siempre me interesó el arte conceptual, con el que me identifiqué mucho más que con otras tendencias. Me gustan las ideas y la relación entre imaginación y verdad. He cruzado la frontera entre pintora, artista gráfica o artista no objetual con cierta libertad porque creo que tenemos derecho a reinventarnos todo el tiempo sin dar demasiadas explicaciones, aunque a mí me gusta explicarme.

N.G.C. Has trabajado con poetas, por ejemplo con María Baranda y Gloria Gervitz. En una época incorporaste frases poéticas a tus cuadros. ¿Qué significan para ti estos diálogos entre palabras e imágenes? ¿Se potencian ambos discursos, luchan, cambian su sentido? Se me ocurre que uno de los atractivos de trabajar con estas escritoras ha sido experimentar, cómo distintos lenguajes desestabilizan conjuntamente las relaciones entre lenguaje y cuerpo, y las maneras en que escritura y pintura nos representan.

M.L. Tengo una doble personalidad y a la mejor por eso me gustan tanto los cruces. De niña quería ser escritora (y ser alguien razonable). Entonces llegó la pintura que, para mí, es una fuerza sexual muy fuerte y me obligó a moverme y darle a mi cuerpo una importancia desconocida. Desde uno de esos lugares escribo esas frases que suelen acompañar a mis dibujos y del otro provienen las imágenes. Jamás se ponen de acuerdo, así que tengo una doble visión y opinión de casi todo. Trabajar con poetas es una forma muy placentera de volverse otro, puedo apoderarme de poemas que me hubiera gustado escribir y desarrollar imágenes. Sobre todo, es permitirme entrar en la escritura. Estas poetas que mencionas escriben dándole al cuerpo una importancia que creo hace muy estrecha nuestra relación con el trabajo de la otra. No sólo podría pensarse como cosa de género, que es una respuesta relativamente fácil y no muy favorecedora para nosotras, sino la sensación de otra lógica o inteligencia que no parte necesariamente, o únicamente, de la cabeza.

N.G.C. Has mostrado mucha versatilidad en los tamaños, desde dibujos muy pequeños hasta tapices y cuadros de envergadura. Y en realidad en la mayor parte, tengan unas u otras dimensiones, hay una búsqueda simultánea de intimidad y comunicación caudalosa. ¿Cómo sientes la tensión entre estas expresiones?

M.L. Todo mi trabajo tiene que ver con la intimidad, con la dificultad y la felicidad de la intimidad. Los formatos grandes sirven para proyectar esa fuerza del cuerpo que me fascina y aterrera, con los tapices casi de una manera mórbida puesto que tejen minuciosamente un gesto espontáneo hecho en un formato mucho menor. La cuestión de proporción es un tema que me apasiona. ¿De qué tamaño es lo monumental? ¿Dónde empieza lo nimio?

N.G.C. En un texto de Hal Foster sobre los equívocos acerca de las muertes del arte, al referirse a la presencia fantasmal en obras de Rachel Whiteread, como sus bañeras, colchones y otros objetos cotidianos, dice algo que me hizo pensar en tus preocupaciones por los objetos domésticos y la historia familiar: sostiene que su ambigüedad deriva de que “estas huellas literales sugieren trazos simbólicos, recuerdos de infancia, familia y comunidad: conjuran “el espacio cultural del hogar” como un sitio de comienzos abrumado por finales, un sitio acechado por la ausencia”.

M.L. Más que la infancia me importa el espacio doméstico, privado, casi secreto que por supuesto la escenifica con mucha precisión, pero también los deseos de eso posible que es tan fuerte en la adolescencia y que permite desdoblamientos interesantes. Me interesan nuestras historias personales, sus coincidencias y desaciertos, su fragilidad.

Marzo 2004

